



**LOS LIBERTADORES**  
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

# Masculinidades, familia y cultura jurídica en ciudad de México y Bogotá.

Generalidades y estudios de caso

## **Autores**

Nancy Andrea Forero Castillo

Sindy Paola Rodríguez Silva

Manuel Fernando Quinche Ramírez

Fernando Ramírez Arcos

Alba Luz Robles Mendoza

COLECCIÓN **INVESTIGACIÓN**



**LOS LIBERTADORES**  
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

Catalogación en la Publicación Fundación Universitaria Los Libertadores

Masculinidades, familia y cultura jurídica en Ciudad de México y Bogotá: generalidades y estudios de caso / Nancy Andrea Forero Castillo... [y otros cuatro] – Bogotá: Fundación Universitaria Los Libertadores, 2019.

164 páginas: ilustraciones; 26 cm (Colección Investigación)

ISBN 978-958-5478-27-5 (impreso)

ISBN 978-958-5478-28-2 (digital)

1. Igualdad de género – Aspectos sociales – Aspectos jurídicos – Bogotá (Colombia) – Ciudad de México (México) – Siglo XXI – Estudio de casos 2. Homosexuales – Aspectos sociales – Aspectos jurídicos – Bogotá (Colombia) – Ciudad de México (México) – Siglo XXI – Estudio de casos 3. Lesbianas – Aspectos sociales – Aspectos jurídicos – Bogotá (Colombia) – Ciudad de México (México) – Siglo XXI – Estudio de casos 4. Identidad sexual – Aspectos sociales – Aspectos jurídicos – Bogotá (Colombia) – Ciudad de México (México) – Siglo XXI – Estudio de casos 5. Familia – Aspectos sociales – Siglo XXI – Bogotá (Colombia) – Ciudad de México (México) I. Rodríguez Silva, Sindy Paola, autora II. Quinche Ramírez, Manuel Fernando, autor III. Ramírez Arcos, Fernando, autor IV. Robles Mendoza Alba Luz, autora V. Fundación Universitaria Los Libertadores.

SCDD 302.5 F715m – dc23

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2018

© Fundación Universitaria Los Libertadores  
Bogotá, D.C., Colombia.

Cra. 16 No. 63A-68 / Tel.: 254 47 50  
www.ulibertadores.edu.co

*Juán Manuel Linares Venegas*  
Presidente del Claustro

*María Angélica Cortés Montejo*  
Vicerrectora General

*Luis Ignacio Aguilar Zambrano*  
Vicerrector de Investigación

© *Nancy Andrea Forero Castillo*  
*Sindy Paola Rodríguez Silva*  
*Manuel Fernando Quinche Ramírez*  
*Fernando Ramírez Arcos*  
*Alba Luz Robles Mendoza*  
Autores

*Laura Rodríguez Mejía*  
Corrección de estilo

*Lápiz Blanco SAS*  
Diagramación

*Diego A. Martínez Cárdenas*  
Coordinador Editorial

Los autores declaran que esta investigación fue financiada por la Fundación Universitaria Los Libertadores en el marco de la Convocatoria de Investigaciones internas de la institución.

Los conceptos emitidos en esta publicación son responsabilidad expresa de sus autores y no comprometen de ninguna forma a la Institución. Se autoriza la reproducción del texto citando autor y fuente, únicamente con fines académicos. En caso distinto, se requiere solicitar autorización por escrito al editor.

# Contenido

<b>Introducción: bordeando las masculinidades</b>	9
<i>Nancy Andrea Forero Castillo</i>	
<i>Sindy Paola Rodríguez Silva</i>	
Referencias	15
<b>Capítulo 1 Masculinidades en Colombia: una lectura espacial del género y la sexualidad</b>	17
<i>Fernando Ramírez Arcos</i>	
Resumen	17
Introducción	18
Metodología	19
Resultados	19
Discusión	19
Espacio y lugar	19
Género y sexualidad	23
Construcciones colombianas de masculinidad	28
Conclusiones	34
Referencias	35
<b>Capítulo 2 Género, masculinidades y justicia constitucional en Colombia</b>	39
<i>Manuel Fernando Quinche Ramírez</i>	
Resumen	39
Introducción	40
Resultados y discusión	41
Elementos de contexto. El modelo patriarcal y el intento de remoción desde el neoconstitucionalismo y la justicia constitucional	42
El neoconstitucionalismo y la inclusión del juez constitucional dentro de los poderes reales en el Estado	44
La remoción del modelo patriarcal desde el neoconstitucionalismo en Colombia. El reconocimiento judicial de los derechos de las mujeres y de las personas LGTBI	47

Reconocimiento y protección de los derechos de las mujeres, de los homosexuales y de las lesbianas desde la categoría “sexo”	47
La introducción del enfoque diferencial y del enfoque de género en el tratamiento de los derechos de las mujeres y de las personas LGBTI	50
El enfoque de género con relación a los derechos de las mujeres	51
Enfoque de género con respecto a los derechos de las personas transexuales	55
Los estereotipos de género en mujeres y hombres	58
Los estereotipos de género que afectan a las mujeres	59
El estereotipo de la mujer que da lugar a la violencia que se ejerce sobre ella	60
El estereotipo de la mujer lesbiana como ser inhabilitado para la crianza de las hijas y ejercer la función de juez	61
Los estereotipos negativos de género	61
Los estereotipos de género que afectan a los hombres	
El modelo patriarcal como estereotipo totalizante	62
El estereotipo general que diferencia entre trabajos para hombres y trabajos para mujeres	63
El estereotipo general de la mujer en el hogar y del hombre fuera de la casa	64
Las masculinidades alternativas en el derecho judicial	65
Conclusiones	69
Referencias	70
<b>Capítulo 3 Masculinidades y tipologías de familia en los planes de gobierno y las políticas públicas en Bogotá, en el periodo 2000-2015</b>	<b>73</b>
<i>Sindy Paola Rodríguez Silva</i>	
Resumen	73
Introducción	74
Metodología	75
Resultados y discusión	75
Sobre masculinidades y sus configuraciones	76
Sobre la familia y sus tipos en la ciudad de Bogotá	81
Políticas públicas y planes de gobierno distritales: la ideología en la construcción de masculinidades y tipologías de familia en Bogotá	83
Antanas Mockus: <i>Bogotá para vivir todos del mismo lado</i> (2001-2003)	84

	Luis Eduardo Garzón: <i>Bogotá sin indiferencia</i> (2004-2008)	87
	Samuel Moreno Rojas: <i>Bogotá positiva, para vivir mejor</i> (2008-2011)	88
	Gustavo Petro: <i>Bogotá humana</i> (2012-2015)	89
	Políticas públicas: la construcción de las masculinidades y la familia	91
	Educación	91
	Juventud	96
	Familia	100
	Diversidad sexual	106
	Conclusiones	112
	Referencias	115
<b>Capítulo 4</b>	<b>Familias y masculinidades en la “Bogotá para todos”. Un balance de la administración de Enrique Peñalosa</b>	<b>119</b>
	<i>Sindy Paola Rodríguez Silva</i>	
	Resumen	119
	Introducción	120
	Metodología	121
	Discusión y resultados	121
	Masculinidades y políticas públicas en Bogotá	121
	Bogotá para todos: Bogotá “Sin vergüenza”	126
	El que friega soy yo	127
	Venga que yo lo atiendo	127
	Yo lo pongo en su puesto	127
	Yo me pongo los pantalones	128
	Hagámosle al charlao’	128
	Familia, mujer y equidad de género, juventud y diversidad sexual en la Bogotá mejor para todos	129
	Familia	129
	Mujer y equidad de género	130
	Juventud	132
	Diversidad sexual	134
	Conclusiones	136
	Referencias	138
<b>Capítulo 5</b>	<b>Las masculinidades en la Ciudad de México y su influencia en la construcción del concepto de familia y cultura jurídica</b>	<b>141</b>
	<i>Alba Luz Robles Mendoza</i>	
	Introducción	141
	Construcción de las masculinidades en México	142

Conclusiones	155
Referencias	156
<b>Discusión final</b>	159
<i>Nancy Andrea Forero Castillo</i>	
<i>Sindy Paola Rodríguez Silva</i>	
Conclusiones generales	159
Referencias	164

# CAPÍTULO 1

## Masculinidades en Colombia: una lectura espacial del género y la sexualidad

Fernando Ramírez Arcos<sup>1</sup>

### Resumen

Este artículo tiene por objetivo analizar la mutua dependencia de la producción de espacios entre las relaciones de género y la sexualidad, con especial atención en la construcción de masculinidades en Colombia. Se parte del hecho de que lo masculino no es un grupo de características innatas y esenciales, sino que refiere a un dispositivo que involucra símbolos, discursos, prácticas sociales y construcciones corporales, el cual se define social y culturalmente. El artículo comienza con el abordaje del género, la sexualidad, el espacio y el lugar como conceptos clave para pensar las masculinidades, para luego continuar con una revisión bibliográfica de ciertos libros sobre el tema en Colombia. Al final, se proponen unas líneas de discusión al respecto.

**Palabras clave:** espacio, masculinidad, relaciones de género, sexualidad.

---

<sup>1</sup> Doctorando en Antropología Social, Universidade Estadual de Campinas (Brasil). Correo electrónico: saqqlas@gmail.com.

## Introducción

Este artículo tiene por objetivo analizar la mutua dependencia de la producción de espacios entre el género y la sexualidad. Enfoca su atención en la construcción de masculinidades en Colombia, en particular en los hombres<sup>2</sup>, y el papel que juega lo espacial en estos procesos. De esta forma, se parte del hecho de que lo masculino no es un grupo de características innatas y esenciales, específicamente relacionado con los hombres. Por el contrario, refiere a un dispositivo —por usar la definición foucaultiana— de símbolos, discursos, prácticas sociales y construcciones corporales que definen a los hombres como tales. Este conjunto de elementos es social y culturalmente definido; tiene una historia y una geografía particulares, por lo que los hombres no lo son “por naturaleza”, sino que se definen como tales a lo largo de su vida. Definiciones que han cambiado, cambian y seguirán cambiando con el tiempo y entre lugares.

La masculinidad, o las masculinidades, a fin de reconocer su pluralidad, son clave para analizar lo que reconocemos como relaciones de género. En ese caso, el género es una construcción social y cultural, es ser identificado e identificarse, por lo general, como hombre o mujer, según el sexo biológico, aunque desde los estudios trans se ha llamado fuertemente la atención sobre lo equívoco de ese binario sin dar cuenta de otras posibilidades reales del género. Cabe señalar que, desde algunas corrientes feministas, el sexo no es algo dado, sino que es producto de una grilla discursiva que lo define como tal. Así, pues, se piensa que un hombre debe ser siempre fuerte, protector, viril, activo y líder, mientras que las mujeres son su contrario (pasivas y débiles), a quienes, por tanto, se les debe proteger en todo momento. Esa desigualdad, que no es solo simbólica, sino que tiene fuertes consecuencias materiales y reales, ha sido ampliamente teorizada en términos de relaciones de dominación y subordinación, en las que los hombres aparecen con privilegios sociales que las mujeres no tienen. Entre esos privilegios se encuentra la forma de estar, ser, usar y apropiarse el espacio.

Uno de los fenómenos más evidentes en torno a esa desigualdad se da en el binomio espacial público/privado. Este par ese encuentra en relación con otros dualismos, en los que el segundo ítem permanece subordinado al primero. Tenemos entonces cultura/naturaleza, heterosexual/homosexual, razón/emoción y mente/cuerpo, entre otros, en los que al primero le correspondería

---

2 La masculinidad también hace parte de las mujeres. No hay tal *continuum* natural, obvio y fijo entre género, sexo e identidad sexual, como bien lo manifiesta Judith Butler (2006; 2007). Aunque en este capítulo me remito a masculinidad en hombres desde textos colombianos, existen investigaciones sobre masculinidad en mujeres, entre los cuales se encuentran los de Halberstam (2008) y Lacombe (2006).

lo masculino, lo público, lo más visible, lo importante o lo político, mientras que lo segundo refiere a lo privado, lo íntimo, lo invisible, lo doméstico, fútil y despolitizado.

## **Metodología**

El capítulo es una revisión bibliográfica somera sobre estudios de masculinidades en Colombia. Mi intención es ofrecer una lectura transversal desde el concepto de espacio a las principales discusiones que los textos revisados ofrecen. Lo he dividido en cuatro partes. En la primera menciono a qué me refiero por los conceptos de *espacio* y *lugar*, y cómo lo espacial tiene un papel preponderante para pensar el género y la sexualidad. Después abordo algunos puntos en común entre ambas categorías, para luego analizar tres estudios realizados en Colombia sobre masculinidades. Finalizo con algunas conclusiones a modo de interrogantes.

## **Resultados**

Las masculinidades en Colombia, como en otros países de América Latina, ofrecen un campo de análisis de mucha relevancia para los estudios de género y sexualidad en la región. Este capítulo es una contribución a ese campo, con la novedad de la óptica espacial, la cual suele darse por entendida u obvia en este tipo de textos. Por tanto, como resultado se exponen algunos interrogantes que tal óptica pone en discusión desde la lectura transversal propuesta.

## **Discusión**

### **Espacio y lugar**

Este artículo hace énfasis en la producción espacial, por tanto, cabe precisar las diferencias y similitudes que existen entre dos conceptos básicos: el espacio y el lugar. Parto de la premisa según la cual el espacio se produce socialmente, lo que significa que no preexiste a los condicionamientos que lo hacen posible. De esta forma, me aparto de ciertas concepciones que lo reivindican como un mero contenedor de relaciones sociales, cuando el mismo espacio las produce a la vez que es resultado de ellas. Lo espacial es múltiple, plural, mutable, dinámico, creado por la actividad humana y sus diversos procesos sociales, políticos y económicos (Women and Geography Study Group, 1997). Es producto de interrelaciones, lo constituyen las interacciones que posibilitan la coexistencia de diferentes trayectorias, historias y experiencias, y se encuentra siempre abierto y en construcción (Massey, 2005). Como tal, es material y simbólico a la

vez, así como refleja las maneras en las que el género y las jerarquías sociales se construyen y entienden en un momento histórico particular (Massey, 1994).

Como lo han expuesto algunas geógrafas feministas (Duncan, 1996; Ibarra y Escamilla-Herrera, 2016; Massey, 1994; McDowell, 2000; Moss y Falconer, 2008; Nelson y Seager, 2004; Oberhauser, Fluri, Whitson y Mollett, 2018; Peake y Rieker, 2013; Rose, 1993; Silva y Da Silva, 2011; Women and Geography Study Group, 1997), las percepciones sobre el espacio giran en torno a las jerarquías de género que privilegian lo masculino. Doreen Massey (1994) apunta que es preciso tomar en serio el género en la producción del espacio y de la economía, mientras que Linda McDowell afirma:

Esa división binaria (hombre/mujer) tiene mucho que ver con la producción social del espacio, con la definición de lo que es un entorno “natural” y un entorno fabricado y con las regulaciones que influyen en quién ocupa un determinado espacio y quién queda excluido de él (McDowell, 2000, p. 26).

Aún más, el espacio no solo está influenciado por las relaciones de género, sino que es sexualmente construido. Algunos geógrafos como, por ejemplo, David Bell y Gill Valentine (1995), Kath Browne, Jason Lim y Gavin Brown (2007), Linda Johnston y Robyn Longhurst (2010), Hubbard (2012), Jen Jack Giesecking (2016) y Joseli Maria Silva, Marcio Ornat y Alides Baptista Chimin (2017), argumentan que espacio y sexualidad están mutuamente constituidos: “Los espacios cotidianos están estructurados por la sexualidad”, que “no sólo crean un ‘Otro’ de la heterosexualidad, [sino que] constituyen los espacios como heterosexuales y [...] a la heterosexualidad misma” (Browne et al., 2007, p. 3)<sup>3</sup>. Ni el espacio, ni el género o la sexualidad son entes naturales, fijos y ahistóricos, sino productos socialmente construidos, pensados desde lógicas masculinistas y heterosexistas que subordinan lo femenino y lo otro sexual.

Otro concepto a destacar es el de lugar. Según Massey, los lugares son puntos nodales que “pueden ser imaginados como momentos articulados en redes de acuerdos y relaciones sociales” (Massey, 1994, p. 154), que a la vez exceden experiencias de mayor envergadura que los definen. Son sitios de encuentro de relaciones sociales que se articulan en un *locus* particular, cuyas cuatro principales características son: primero, no son estáticos en el tiempo, sino procesos en sí mismos; segundo, no son cerrados, no tienen unas fronteras impermeables a lo que ocurre en el exterior; tercero, pueden albergar conflictos internos, lo que provoca transformaciones en su identidad; y cuarto, nada de ello cambia su particularidad y especificidad como lugar. En realidad, la mixtura de relaciones sociales en conflicto, fluidas, cambiantes y en red es

---

3 Todas las citas traducidas en el texto son de mi autoría.

lo que permite que un lugar tenga sentido como tal. De esa manera, Massey resalta su permanente interconexión con su exterior, lo que le brinda “un sentido de lugar, un entendimiento de ‘su carácter’, lo que únicamente puede ser construido al enlazar ese lugar con otros lugares” (1994, p. 156).

A fin de tener mayor claridad con respecto a los conceptos de espacio y lugar, podemos remitir a una entrevista realizada a Doreen Massey, en la que expone:

El espacio es el concepto general, no general en el sentido de abstracto, sino general en el sentido de que es *más amplio*, en cuanto a su extensión. Considerando que el lugar es una articulación particular, podría ser una nación, podría ser Londres, podría ser una ciudad de provincia (Massey, 2008, p. 334).

Aunque la autora admite la relacionalidad por la cual se construyen ambos términos, es en un sentido de escala comparativa que sus diferencias son más notorias. El lugar se analiza en el sentido puntual de las interrelaciones y los fenómenos sociales que ocurren en el espacio. Ese lugar puede ser desde algo micro, como, por ejemplo, la habitación en que moramos en relación con el espacio del hogar, el hogar en relación con el barrio, el barrio como lugar frente a los espacios urbanos, o hasta un Estado-nación como Colombia en comparación con el planeta. Esa especificidad del lugar no necesariamente es opuesta al espacio; ambos conceptos son interdependientes. El lugar también es, en sí mismo, espacial.

Algunos autores prefieren el término *lugar* porque les permite abordar con mayor facilidad problemas sociales y remite de forma más directa a sentidos de pertenencia y construcción identitaria. Aún así, Massey nos previene a toda costa romantizar lo que pensamos como local, como aquello tradicional, inamovible y ahistórico que debe protegerse y resguardarse de un exterior. Para ella, el lugar tiene unos límites (por ejemplo, la habitación se diferencia de otros espacios del hogar por las paredes o el acceso restringido), pero eso no significa que sea completamente cerrado e incomunicado con otros lugares o con el espacio en el que se encuentra; a pesar de las restricciones de entrada, la habitación, así como el hogar, puede permitir personas diferentes de aquellas a quien pertenece. Estas nociones del espacio y el lugar están marcadas por el género cuando se suele concebir el primero más relacionado con lo masculino por su carácter público, extendido y abierto, mientras que el segundo con lo femenino por su carácter más privado, íntimo y cerrado (McDowell, 2000).

Precisamente, íntimo y privado se mencionan como características inmanentes de los lugares que consideramos familiares. La familia también constituye una realidad espacial que, en ocasiones, no suele reducirse al hogar<sup>4</sup>. Rosalía

---

4 Sobre la construcción de masculinidades en contextos familiares, véase el libro editado por An-

Winocur (2006) lo ejemplifica a través del imaginario de comunidad que se crea en San Lorenzo Chimalpa, en México. La comunidad se concibe más allá de los límites cerrados de una casa para dar cuenta de la localidad en las que se insertan tanto cada grupo familiar como quienes colindan con él. En palabras de la autora, “la idea de la casa no se puede entender sin la *localidad* concebida como el ámbito afectivo más cercano al hogar, un espacio simbólico de pertenencia que trasciende el espacio físico de la vivienda” (Winocur, 2006, p. 203). En ese sentido, lo afectivo trasciende el hogar y solo se entiende en términos más amplios, de vecindad, de cuidado mutuo, más aún cuando San Lorenzo está signado por las migraciones de sus habitantes a California, en Estados Unidos.

En los hogares con familiares migrantes, conseguir una computadora y acceso a internet para comunicarse con ellos y ellas se convierte en una suerte de tecnología de salvación que debe cuidarse no solo por el hogar donde se ubica, sino por la comunidad entera. Por tanto, “cuando se piensa en la incorporación de la computadora en la casa también se piensa en la necesidad de compartirla con los vecinos y la familiar extensa” (Winocur, 2006, p. 205). Ligada a sentimientos de progreso, educación y movilidad social, la computadora se convierte, en el imaginario popular, en un nodo de reunión social que amplía y fortalece los lazos comunitarios; un imaginario tecnológico que plantea una reorganización de los espacios y los tiempos domésticos. Aunque la autora no aborda el género, es posible preguntarse cómo ocurre esa reorganización, quiénes están al frente (¿las mujeres?), cómo ocurre el uso grupal de esa tecnología y cómo un aparato puede también resignificar la propia idea de familia, de hogar y de espacio. Algo tan aparentemente sencillo e inocuo como una computadora puede darnos pistas de ordenamientos de género y sexuales en ámbitos a primera vista inaccesibles como, por ejemplo, una familia típica.

Por último, no quiero dejar de mencionar el papel que cumple el cuerpo como lugar en sí mismo, cuyos atributos y comportamientos también denotan las construcciones espaciales a las cuales se encuentra sometido. Su manera de andar, de vestirse, de conducirse, sus palabras, su forma de relacionarse con los demás en lo doméstico y en la calle son indicadores de la excesiva naturalización a la cual ha estado sometido. En otras palabras, el cuerpo es materia orgánica, así como discursiva, simbólica y hasta sensorial; es tanto privado (en cuanto lugar del yo) como público (en cuanto lugar de socialización de ese yo), lo cual lo hace maleable a sensaciones que lo exceden. El cuerpo, en su calidad de objeto de interés de estudio, puede revelarnos el mundo social y la realidad sexuada (Bourdieu, 2007). Es en él que se centran muchas de las disposiciones

---

drew Gorman-Murray y Peter Hopkins (2014). En particular la sección 5, en la cual se analizan las experiencias de hombres en términos de edad-generación.

familiares conductuales y de género; del ser niño o niña, de ser más adelante hombre o mujer. A fin de ejemplificar mejor este apartado podemos remitirnos a la tesis doctoral de Isadora Lins França (2012), quien denomina como “juego del cuerpo” la forma como sus interlocutores, hombres que se relacionan afectiva y sexualmente con otros hombres en São Paulo (Brasil), hacen uso de lugares dirigidos hacia ellos en la ciudad. En su investigación pone especial atención a los estilos, las prácticas de consumo y las formas de estar en tres lugares de ocio y baile, en los que intervienen marcadores tales como clase social, raza y edad, así como diferentes concepciones de la masculinidad. La investigadora brasilera pone énfasis en que no existe una sola acepción de lo masculino, en que esta varía incluso entre hombres de un mismo espacio y cómo, aunque se suelen valorizar algunos códigos de virilidad e incluso de antifeminidad, también es cierto que existen múltiples juegos corporales que remiten a lo masculino y lo femenino a la vez. De esta forma, sobresale el papel del cuerpo, tanto el de estos hombres como el de ella misma, en la forma en la que espacio, género, sexualidad y consumo se conjugan para recrear y representar lo masculino. A continuación se revisan algunas nociones sobre el género y la sexualidad y sus articulaciones espaciales.

## **Género y sexualidad**

El género y la sexualidad juegan un papel importante en la producción espacial y en los sentidos de los lugares. El espacio es imaginado, percibido, vivido, habitado, materializado, simbolizado y performado, y se encuentra constreñido por relaciones de poder. Por ejemplo, Lawrence Knopp (1995) argumenta que los espacios urbanos se construyen y diseñan a fin de privilegiar hombres heterosexuales, blancos y que no hacen parte de la clase trabajadora, lo cual excluye y marginaliza grupos de personas históricamente discriminados. Señala que la sexualidad se constituye en un eje de diferencia que codifica los espacios no heterosexuales como incontrolables, enfermos y depravados. De esta manera, se mantiene un orden social heterosexista y masculino que, incluso, se reproduce entre hombres homosexuales blancos de clase media, quienes forjan redes que facilitan la práctica de su sexualidad pero a la vez perpetúan discursos sexistas, racistas y procapitalistas. El género y la sexualidad son construcciones culturales con profundos efectos espaciales. Desde la postura teórica de Judith Butler (2006; 2007) sobre la performatividad del género, el género es efecto de una repetición estilística de actos cotidianos que crean aquello que nombran. Es decir, ser hombre o ser mujer no responde a una naturaleza concreta y esencial, sino que devenimos uno u otro al citar idealizaciones que se materializan en prácticas reiteradas tales como usar ropa con determinados colores, hablar de un modo y en un tono particular o generar

gustos por ciertos objetos, entre otras acciones que obedecen a un contexto histórico-geográfico particular. Debido a algunas críticas de feministas de la segunda ola que reivindican la categoría “mujer” como base política de su lucha, Butler explica que la performatividad no impide en momento alguno la resistencia social; al contrario, los actos performativos nunca están completos y siempre existe la posibilidad de generar rupturas que desplacen los significados. Respecto a la relación del género y la sexualidad con el espacio cabe destacar que, desde finales de la década de los setenta, diferentes autores en la academia anglosajona decidieron incluir debates feministas en sus investigaciones espaciales. Algunos de ellos, impulsados por la gran acogida de la teoría *queer* en la década de los noventa, comenzaron a preguntarse también por la legitimidad de sus objetos de estudio, marginales en la disciplina. Entre esos estudios anglosajones aparecen tres importantes libros recopilatorios de diversos artículos que relacionan el espacio con el género y la sexualidad. Tenemos, por ejemplo, *BodySpace*, editado por Nancy Duncan (1996). En la introducción, Duncan afirma que la relación entre los tres términos, por lo general, pasa desapercibida, debido a “la naturalización de las normas heterosexuales” (Duncan 1996, p. 137). Por su parte, la geógrafa Gill Valentine revela que tanto la sexualidad como el género son regulados en el espacio, de modo que reducen a lo privado la homosexualidad y las mujeres. La heterosexualidad se advierte como la sexualidad natural y obligatoria, desmarcándose de cualquier signo de confrontación en lo público, en la que “muchas expresiones de la sexualidad están tan naturalizadas que están virtualmente invisibles a la población heterosexual” (Duncan 1996, 137). En otras palabras, la producción de los espacios se guía por una supuesta naturalización sexual y de género que corresponde a la división hombres/mujeres, en la que son los primeros habitantes de lo público y las segundas moradoras de lo privado. Esta naturalización se extiende a la heterosexualidad como la sexualidad visible y publicitada, mientras la homosexualidad se borra, silencia y marca como antinatural.

La autora recoge parte de las premisas elaboradas en Bell y Valentine (1995), quienes editaron el primer libro de geografía, género y sexualidad: *Mapping desire*. Los autores destacan en la introducción de este libro cómo la sexualidad encuentra de manera progresiva una voz legitimada en los departamentos de geografía anglosajones, gracias, en parte, a la influencia creciente del feminismo en la disciplina. No obstante, advierten cómo género suele articularse a “mujeres” y sexualidad a “homosexualidad”, de modo que reproduce los mismos marcos de inteligibilidad heteronormativa y masculinista de los espacios. Por esta razón, llaman la atención sobre la inclusión de estudios que rompan esa dicotomía reduccionista y apelen por incluir análisis sobre la construcción heterosexual del espacio. Otro punto a destacar de este texto es la mirada sobre las políticas sexuales e identitarias de los movimientos sociales homosexuales y de

VIH-sida, a fin de enfatizar en la relación crítica que existe sobre la producción del espacio y la politización de grupos marginalizados.

Como heredera de estos libros aparece un nuevo texto compilatorio editado por Kath Browne, Jason Lim y Gavin Brown (2007), cuya intención fue retomar los últimos desarrollos de este subcampo de la geografía y los retos que aún debe afrontar. A pesar de la creciente proliferación de producción de textos, libros y artículos al respecto, los autores destacan de nuevo la importancia de tomar en serio la sexualidad y el género como tópico relevante en la geografía. En cuanto tema recurrente, aparece la sexualización del espacio —en calidad de verbo y sustantivo— para indicar cómo en nuestro diario vivir mantenemos, reforzamos y reproducimos ideales heteronormativos sin reparar en otras posibilidades. De esta manera, argumentan que es imposible entender cómo la sexualidad se regula sin tener en cuenta cómo los espacios se producen y habitan. De igual forma, este libro recoge varias premisas de los estudios *queer*, como, por ejemplo, las críticas a las políticas identitarias, su posición transgresora de la heteronormatividad (Warner, 1993) y la homonormatividad (Duggan, 2002), la posibilidad de explorar otros campos de lucha que no se reduzcan a la petición de derechos civiles e igualdad, y su pregunta constante por la construcción de las diferencias sexuales y de género, fijadas en órdenes biológicos. Por esta razón, son enfáticos en señalar la importancia de incluir lo *queer* como perspectiva que acompañe las geografías de las sexualidades.

En esos debates sobresalen aquellos relacionados con lo público y lo privado como ordenadores socioculturales de lo masculino y lo femenino. Al respecto, Joan B. Landes (1998) llama la atención sobre la importancia de pensarlos desde el feminismo como una división política que influye en las vidas de los hombres y las mujeres (si se tiene en cuenta que la separación de ambas esferas es histórica y está atada a concepciones de lo moderno y lo democrático; de igual modo, con el concepto de ciudadanía). Por ejemplo, Linda McDowell (2000) argumenta que no todos los ciudadanos tienen los mismos derechos ni las mismas posibilidades de acceder y permanecer en lo público. Según la autora,

Hay todo un conjunto de individuos y de grupos sociales concretos que quedan fuera del espectro más amplio de acceso a los espacios públicos, bien por su actitud transgresora o su negativa a reconocer los derechos de los demás, bien porque se supone que necesitan protegerse del trasiego de la vida pública. A las mujeres se las ha excluido, y se las continúa excluyendo, con la excusa de que pertenecen al último grupo (McDowell, 2000, p. 222).

En ese aspecto, los hombres aparecen como los dueños de lo público; ellos implementan las reglas de juego, señalan quiénes y cómo pueden acceder a él y quiénes quedan por fuera. No obstante, tanto McDowell como otras feministas

nos recuerdan que, incluso entre los hombres, existen jerarquizaciones basadas —esta vez— en otros marcadores sociales de diferencia tales como raza, edad y clase social, los cuales privilegian a unos sujetos frente a otros en su acceso a lo público. Sin embargo, más que todo, quiero aquí enfatizar que las relaciones de género tienen un papel preponderante en las vidas de los seres humanos, en cómo nos relacionamos entre sí, lo cual es posible de concebir en términos de derecho y ciudadanía, o de forma más amplia, de pertenencia a una nación.

En su libro *Género, identidad y lugar* McDowell argumenta que la separación entre lo público y lo privado ha permitido la naturalización de las mujeres con lo doméstico, bajo la concepción tácita de un orden moral que impone una marginalización de lo femenino de lo público. Para la autora, uno de los ejemplos más claros de esta desigualdad espacial se encuentra en el trabajo doméstico, el cual no suele pagarse cuando es la ama de casa y madre de hogar quien debe estar al frente de las tareas íntimas de la familia. Prácticas relacionadas con el cuidado del esposo, de los niños y las niñas, de cada rincón de la casa, así como de sí misma, deviene en trabajo esencial para el sostenimiento familiar —incluso, del propio capitalismo—, pero no se reconoce en términos monetarios.

Sin embargo, es preciso destacar aquí la heterogeneidad de prácticas asociadas a lo público y lo privado de parte de las mujeres. Para algunas de ellas, la salida al mercado laboral durante el siglo xx favoreció su autonomía y su posibilidad de generar ingresos, así como de manejarlos, fuera del control masculino. Por otra parte, esta salida también impulsó que las mujeres ampliaran su horizonte espacial, en especial para aquellas que pueden considerar el hogar como prisión y lugar de violencia. No obstante, también el hogar puede ser un lugar de satisfacción personal, de crear lazos comunitarios y de impulsar la circulación de valores familiares. De ahí que los significados atados a lo que se considera “casa” son múltiples y variados, y se encuentran en consonancia con lo que hemos construido como representación de la familia, el hogar y el género. Según McDowell (2000, p. 142), “la casa es uno de los espacios en los que el género se muestra con mayor evidencia, conviene no darlo por sentado o considerarlo permanente e inamovible”. En una línea argumentativa similar, pero desde la antropología, Irene Cieraad (1999) señala la importancia de estudiar el hogar, ya que es una muestra de cómo nos expresamos simbólicamente.

Pero, ¿qué acontece cuando las mujeres empiezan a transgredir lo público?, ¿o cuando su sola permanencia puede ser objetivo de acoso y abuso sexual? La geógrafa Melissa W. Wright (2007) visibiliza los casos de mujeres asesinadas en la frontera entre México y Estados Unidos, más específicamente en Ciudad Juárez, en donde, desde la década de los noventa del siglo xx, han aumentado de manera significativa los feminicidios. No solo eso, sino que llama la atención sobre la atrocidad que se cierne sobre sus cuerpos, lo que Rita Segato (2016) denomina “pedagogía de la crueldad”. En este caso, el género deviene un

marcador espacial de violencia sobre mujeres que han decidido romper barreras que las confinan a lo privado para salir a trabajar, mantener sus familias o solo por esparcimiento en horas al parecer más riesgosas. El género también opera en lo cruel del encarnizamiento corporal, de la violencia sexual y de lo que ocurre con ellas cuando las dejan en lugares públicos específicos a modo de mensaje y como ejercicio territorial.

Podemos ver que las movilidades espaciales de las mujeres por el campo, la ciudad o en los medios de transporte no solo informa sobre las regulaciones desiguales que se ejercen sobre los cuerpos, sino sobre la propia construcción de masculinidad. En México, la antropóloga chilena Paula Soto (2013; 2017) analiza las restricciones y limitaciones a las que se ven abocadas las mujeres que se transportan en buses y en el metro en la capital, así como las estrategias que deben crear para enfrentar amenazas de violencia física y sexual. Aunque son dos ciudades muy diferentes de un mismo país, pareciera existir un *continuum* entre lo que ocurre en uno y otro lugar en la información sobre las subordinaciones de lo femenino en relación con lo espacial, y de la violencia como condición de posibilidad de la masculinidad. En otras palabras, al ser identificado o identificarse como hombre, solo por eso, se puede tener un mayor horizonte espacial y una mayor libertad de caminar sin estar pendiente de acoso o de ser objeto de una violación. Los hombres no somos conscientes de estos privilegios espaciales hasta que nos vemos confrontados en escenarios y contextos bastante particulares, bien sea de forma directa o indirecta. En cambio, las mujeres deben enfrentar a diario tales injusticias espaciales. Limitaciones espaciales informan, al mismo tiempo, sobre cómo nos pensamos en cuanto a género en una sociedad determinada.

Ahora bien, estas construcciones generizadas del espacio van de la mano con lo que Pierre Bourdieu (2007) denomina “construcción social de los cuerpos”, a fin de dar cuenta de la división de los sexos como relacional a las estructuras sociales vigentes, a un orden normalizado de lo masculino y lo femenino. En otras palabras, el autor arguye que “la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla” (Bourdieu, 2007, p. 22). Este orden de lo masculino se tiene a sí mismo para imponerse como ley y curso de vida, en el que la división sexual y espacial se enarbola como justificación sociocultural del género e impone así lo que se considera una visión masculinista del mundo.

Para este mismo autor, la masculinidad es parte de condiciones sociales que reducen unos cuerpos determinados como viriles, las cuales deben ser revalidadas. Por esta razón, sostiene, “el privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de

afirmar en cualquier circunstancia su virilidad” (Bourdieu, 2007, p. 68). En ese caso, deshonrar a un hombre, ofender lo que se considera propio de su ser y “naturaleza masculina”, requiere de medidas que resalten su poder de dominación, por lo general, por medio de la violencia. El honor debe ser restaurado y su virilidad debe seguir incólume cuando el o la que ofende queda reducido o reducida. La masculinidad se fundamenta en lo violento y se cierne como una amenaza a quien ose retarla como a quien ose negarla, tal como ocurre con las ofensas y los homicidios de los cuales son objeto las mujeres trans, los hombres homosexuales y las mujeres públicas en el sentido que les da Melissa Wright (2007).

## **Construcciones colombianas de masculinidad**

En Colombia existen importantes estudios que abarcan la masculinidad como eje clave en las relaciones sociales del país. De acuerdo con Ange La Furcia (2014), estos estudios comenzaron a desarrollarse en la década de los noventa del siglo xx, por, al menos, cinco razones: interés de parte de los estudios feministas, acciones de un sector privado en temas de salud sexual y reproductiva, trabajo social con hombres de parte de grupos y organizaciones no gubernamentales, abordaje de un sector público en temas de paternidad, salud sexual y reproductiva y violencia (de género), e interés de algunos hombres por desarrollar estudios que exhibieran y enfrentaran las convenciones sociales y culturales de la masculinidad. Más que todo, “no es posible pensar la aparición de estos estudios sin su inserción en las dinámicas geopolíticas del movimiento feminista, los análisis de las desigualdades de género y las iniciativas civiles e institucionales para mitigarlas” (Furcia, 2014, pp. 44-45). Desde entonces, los estudios sobre masculinidades han congregado diferentes ángulos analíticos y proyectos institucionales que suelen concordar en desmitificar y enfrentar normas hegemónicas sobre lo que significa e implica construirse como hombre. Aun así, el espacio no ha tenido la suficiente atención como categoría central en esos estudios.

En este apartado he decidido analizar tres libros que traen a colación este importante tema, con los cuales realizo una lectura transversal espacial. Es decir, son libros que, aunque se enfocan en las masculinidades, el espacio y el lugar, no son su centro de atención, por lo que mi intención es rescatar lo espacial para así dar cuenta de su mutua interrelación con las relaciones de género y la sexualidad en Colombia.

El primer texto a tratar es *De mujeres, hombres y otras ficciones... Género y sexualidad en América Latina* (2006), editado por Mara Viveros, Claudia Rivera y Manuel Alejandro Rodríguez, de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. En este libro se destaca la prioridad que se da

al género y a la sexualidad en diversos ámbitos sociales como, por ejemplo, la pintura, la literatura y el cine, así como la importancia del cuerpo, la diferencia sexual y la representación como puntos clave de análisis de la construcción de las subjetividades. Por esta razón, la antropóloga Mara Viveros (2006) argumenta, en la introducción al libro, de qué manera el género y la sexualidad son construcciones históricas que hacen parte de un legado colonial establecido sobre ideas europeas de raza; este legado ejerce una dominación cultural en expresiones que fueron silenciadas y obligadas a admitir vergüenza de sí mismas. De ahí la importancia del libro que rescata esas otras representaciones, las cuales podríamos denominar “subalternas”, a fin de problematizar la colonialidad del poder, del saber y del ser que hemos heredado y tienen una fuerte impronta en nuestras concepciones e identificaciones como hombres o mujeres.

De acuerdo con Viveros, es imperioso fomentar la producción académica en este sentido de debatir estos discursos y representaciones de los dominadores que aparecen como verdades absolutas de las naciones en América Latina. Precisamente, género y sexualidad son ordenadores sociales que precisan debatirse, ya que, en su opinión, “la masculinidad sin fisuras y la norma heterosexual han sido aspectos indispensables de la organización social y de las relaciones sociales jerárquicas que se construyen tanto en los espacios públicos como privados en América Latina” (Viveros, 2006, p. 19). En este sentido, se hace imperioso reflexionar sobre estos campos con el propósito de no reproducir más esquemas de conocimiento de orden colonial.

La autora hace énfasis en cómo hablar de género y sexualidad indica analizarlos mutuamente, aunque en los análisis puedan separarse para fines investigativos. Esta interrelacionalidad también podemos ampliarla al espacio. No deja de llamar la atención que desde el título aparezca “América Latina” como un lugar de referencia de estos artículos, aunque en principio buena parte de ellos se localicen en Colombia. Viveros nos recuerda que América Latina ha sido pensada desde la diferencia, en contraste con los ideales europeos blancos y modernos, así como está ligada a una historia colonial de invasiones de países que, a la fuerza, insertaron valores sociales y culturales (p. ej., el idioma y la religión). Sin embargo, de una u otra forma, este subcontinente puede pensarse como una ficción, una unidad simbólica —aunque con consecuencias reales— que pone en conjunto una serie de territorios que tendrían unas historias y legados culturales en común, como es el caso de las relaciones de género y la sexualidad.

Así, pues, y en esto el libro es claro al señalarlo, se han heredado significados relativos a lo femenino y lo masculino. Aunque ambos adquieren el apelativo de ficción —lo cual da cuenta de su carácter construido e histórico sin una naturaleza única y esencial— resulta necesario problematizar ciertas similitudes entre los países latinoamericanos con respecto a ambos términos. En el artículo “El

machismo latinoamericano. Un persistente malentendido”, Mara Viveros aborda los significados y los simbolismos alrededor de lo que se considera un macho, sus representaciones literarias y cinematográficas, así como inscripción en la constitución de los imaginarios de los Estados-nación de América Latina. La autora nos recuerda la historia común de los ideales de modernidad, progreso y desarrollo provenientes de Estados Unidos y Europa que permean los países latinoamericanos, al igual que sucede con las ideologías de raza en general y de mestizaje en particular, que colmaron los discursos políticos en el siglo xx. En estos discursos sobresale el ideal del macho, el cual encontraría en los medios masivos de comunicación una forma para establecerse como símbolo de masculinidad e incluso de identidad nacional, como bien se observa en los protagonistas masculinos de películas mexicanas y cubanas<sup>5</sup>.

Para destacar, cabe recordar el componente interseccional de este y otros artículos con respecto a pensar el género y la sexualidad como regímenes de ordenamiento social entrelazados a otros marcadores de diferencia tales como la etnia, la raza y la clase social. En un estudio comparativo entre hombres homosexuales negros en Río de Janeiro y Bogotá, la antropóloga María Elvira Díaz-Benítez (2006) expone los universos sociales en los que se reciben, posicionan y jerarquizan estos sujetos en razón de su raza, identidad sexual, identidad de género y pertenencia a una clase específica. En primer lugar, destacan las articulaciones entre estos términos, lo cual muestra cómo, aunque hablamos de dos ciudades diferentes con particularidades disímiles en torno a lo económico y a historias de construcción social, algunos patrones de racialización y discriminación sexual se repiten. Esto es notorio en los estereotipos que existen con respecto a la masculinidad de estos hombres, como, por ejemplo, su extrema sexualización y su virilidad vuelta fetiche, de manera que los inmovilizan en unos roles sexuales particulares. Sin embargo, en segundo lugar, la autora también señala que estos posicionamientos sociales, que tienen por telón de fondo la masculinidad y la raza, permiten negociaciones que a su vez posibilitan la movilidad social de los sujetos. De esta manera, a través del estilo y lo estético, algunos hombres negros pueden acceder a ciertos privilegios, como, por ejemplo, los dados por la clase media/alta para contrarrestar los efectos estereotípicos y discriminatorios de las sociedades bogotana y carioca. De esa forma, el vestuario, el peinado o el poder adquisitivo permitirían resignificar normas sociales en torno a la raza, la sexualidad y el género.

---

5 Para una discusión sobre las nociones de macho y machismo, sus orígenes, su relación con la virilidad y su difusión en América Latina, véase Fuller (2012). Desde la antropología situada en México y su relación con lo que el autor denomina “las economías culturales de la masculinidad”, véase Gutmann (1999).

En *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia* (2002), Mara Viveros trae a colación la importancia de situar la masculinidad como objeto de investigación para el feminismo. En este ahora clásico e importante libro sobre masculinidades en Colombia y América Latina, la autora señala la necesidad de estudiar aquello que aparece como no marcado y no problematizado; para usar la metáfora de Donna Haraway (1995), es un truco divino desde el cual se observaría de forma objetiva la sociedad y que pareciera encontrarse libre de reflexión. Este pedestal de los dioses es masculino, heterosexual, intocable, inabordable, inobjetable y siempre detentor de la verdad. Es la norma y el modelo a seguir, es el dogma y la verdad absoluta. De ahí la necesidad de enfrentarlo, de asumir el reto de problematizar la masculinidad como objeto de estudio válido para el feminismo y las ciencias sociales y humanas.

A fin de dar solidez a sus argumentaciones teóricas, la autora realizó estudios etnográficos en Quibdó y Armenia, ciudades ubicadas en el occidente de Colombia. De esta manera, se acercó a jóvenes y adultos con el propósito de dar cuenta de los conocimientos que estos hombres adquieren en sus primeros años de vida con respecto a sus cuerpos, su sexualidad y su identidad de género. Estos conocimientos provienen, en buena medida, de sus padres y maestros de escuela. Así, entonces, destaca los imaginarios, las percepciones y las representaciones de la masculinidad, imbricada con la raza y la clase social de forma casi imperceptible, pero sin tomarlos como sujetos pasivos que no agencian otras posibles significaciones sobre sí mismos.

De acuerdo con la autora, la familia y la escuela juegan un papel fundamental en la formación de los hombres como tales. En su opinión, la formación de sujetos masculinos va de la mano con las políticas nacionales de educación, con las ideas desarrollistas en Colombia de mediados de siglo xx, la era de industrialización de algunas zonas del país donde se empieza con urgencia a requerir mano de obra y con el proceso de modernización nacional, que tiene en la tasa de alfabetización un indicador de progreso y occidentalización. De esa forma, Viveros se centra en lo que denomina “los años de formación”, en los que los niños empiezan a tener mayor autonomía e independencia de la familia para adquirir otras destrezas y otros significados sobre sí provenientes de sus pares, maestros e instituciones educativas:

En la escuela, la figura de los(as) maestros(as) ha desempeñado un papel importante como personaje que releva en gran parte a los padres en su papel socializado, en una dinámica de continuidades y rupturas. (Por lo tanto), se hace énfasis en su “lugar”, como figura de identificación de género y como elemento que hace parte de la estructura de las relaciones de poder y del régimen de género impartido en las escuelas (Viveros, 2002, p. 195).

Cabe señalar el papel que tiene la escuela como lugar de enseñanza de la masculinidad. En cuanto tecnología de género, construye sujetos mediante un currículo educativo en el que no solo se educa en unas áreas del conocimiento particulares, cada una con diferentes intensidades horarias que revelan su nivel jerárquico, sino también en la circulación de valores morales y de reglas corporales. Por ejemplo, el tiempo para los deportes y la educación física revelan, según la autora, corporalidades basadas en la destreza, la fortaleza y la velocidad que se alaban socialmente como características de masculinidad exitosa. En cambio, aquellos jóvenes que no alcancen el nivel de otros compañeros, pueden caer bajo el manto de la burla y la duda sobre su hombría.

De esta manera, es preciso pensar las relaciones de género como relaciones de poder, en las que lo femenino aparece como el par subordinado, incluso entre los propios hombres. En realidad, podríamos mejor hablar de estos términos como verbos, masculinización y feminización de cuerpos sociales, lo cual muestra su ficcionalidad y se desliga de una aparente naturaleza dada por los sexos. En otras palabras, los hombres, como bien lo muestra Viveros en su libro, también pueden ser feminizados, no sin antes reparar en el papel que juega la violencia en esas categorizaciones sociales. De igual forma con las escuelas, lugares que, en mi opinión, también se masculinizan y reproducen estereotipos y jerarquías que subordinan a sus estudiantes por su identificación con un sexo determinado.

Precisamente, la violencia es el punto focal del trabajo *Manes, mansitos y manazos: una metodología de trabajo sobre violencia intrafamiliar y sexual*, editado en el 2007 por la antropóloga Myriam Jimeno y los antropólogos Andrés Góngora, Marco Martínez y Carlos José Suárez, de la Universidad Nacional de Colombia. En este texto se ponen en tela de juicio las relaciones de género desde una perspectiva interseccional que aborda la violencia como eje central en la familia y en la pareja. Esta se encuentra vinculada a las masculinidades, las cuales para las y los autores son “un producto histórico y cultural incorporado a través de la educación, la socialización y la formación como sujetos en una sociedad y época específicas” (Jimeno et al., 2007, p. 21), por lo que se apartan de una supuesta naturalidad inherente e inmodificable del ser hombre. Esta misma perspectiva, que hace parte de los otros dos trabajos colombianos previamente citados, permiten nuevos puntos de vista sobre lo que está socialmente aceptado como natural a los seres humanos (el caso del sexo y el género) como un todo único y esencial.

El texto es claro en vincular la masculinidad con la violencia, en este caso específico con la doméstica, la del hogar. Esto significa poner de relieve conflictos que solo aparecen vinculados a lo íntimo, exclusivos de la pareja, en los que nadie debería poner su atención. Precisamente, la excusa de no entrometarse en las relaciones de pareja, así sus actos violentos sean reconocidos en

lo público, muestra la invisibilidad a la cual están sometidas las prácticas que ponen en riesgo a los miembros de la familia. Por ejemplo, un golpe o un abuso sexual, particularmente dirigido de los hombres hacia las mujeres y niñas/os, se mantiene en secreto, bajo un pacto de silencio en el que se justifica el proceder masculino como típico y natural de los hombres. Este silencio puede reproducirse por años y justificar la supuesta “naturaleza” de lo viril. De ahí la importancia de este libro de traer a colación lo doméstico al terreno de lo público mediante conversatorios que permiten compartir experiencias de masculinidad, para así generar posibilidades de transformación familiar y social.

El hogar aparece entonces como otra tecnología de género, otro lugar donde la familia, entendida desde la pareja heterosexual que procede a casarse y/o a vivir juntos y con descendencia, juega un papel principal en la constitución de relaciones de parentesco. Allí, el género y la sexualidad aparecen como marcadores de la división de las labores domésticas, la crianza, la regulación del tiempo de ocio y el manejo del presupuesto familiar, así como de las prácticas sexuales y los cuidados anticonceptivos. Estas prácticas, muchas veces naturalizadas y sin cuestionar, promueven jerarquías por las que el esposo aparece como el patriarca que debe regular, ordenar y controlar a los integrantes de su familia, incluso sus cuerpos. Por eso, el reto de traer a colación los conflictos domésticos a fin de asegurar otros significados de la masculinidad es muy grande. Más aún, en una sociedad en la que se hipervaloriza lo concerniente a mantener el *status quo* de lo patriarcal.

Cabe destacar las condiciones socioeconómicas de los hombres entrevistados. Como parte de sectores populares, se reconoce que el hogar está permeado por fenómenos tales como el desempleo, el consumo de alcohol, los patrones de crianza, la educación (no) recibida, así como por rechazos y marginalización social en razón a sus orígenes de clase. Incluso, las situaciones extremas de violencia con actores armados hacen parte del lenguaje de masculinidad que impera en ellos. Esta visión implica tener en cuenta que no basta solo con cambiar patrones domésticos, sino que también es importante generar cambios culturales que permeen los espacios urbanos y posibiliten, sin censura, otras masculinidades.

Aunque es necesario destacar que en diversos lugares de Bogotá se encuentran diferencias en torno a las construcciones de lo masculino, sus semejanzas son muchas, y varias de ellas con eco en otras ciudades latinoamericanas. En un primer ejemplo, las representaciones que existen sobre las mujeres, quienes “se dividen en virtuosas y pecadoras” para los entrevistados (Jimeno et al., 2007, p. 81). En el primer grupo entran aquellas mujeres que conocen el manejo del hogar, cuidan de sus integrantes y establecen fuertes lazos emocionales mediante los cuales ejercen su influencia. En el segundo grupo se encuentran

aquellas que hacen un uso “dudoso” de la sexualidad. A las primeras les correspondería el rol de madres, a las segundas el de “putas”.

En otro ejemplo, los hombres se asocian con la fuerza y la responsabilidad de cuidar y responder por su familia. Son ellos quienes, en primera instancia, debe trabajar y llevar dinero, mientras que las mujeres permanecerían en el hogar al frente de las tareas domésticas, sin que su trabajo sea reconocido como tal. Sin embargo, en algunos espacios de Bogotá se han encontrado nuevas valoraciones con respecto a los hombres que también están pendientes de las labores de casa, sin que esto sea necesariamente asociado con lo femenino.

En un último ejemplo se percibe un fuerte rechazo a los hombres homosexuales. Se les considera inferiores, objeto de burlas y “menos hombres”; se asocian con lo femenino e incluso con lo patológico e infeccioso. No obstante, en la época en que se llevaron a cabo los conversatorios que integran este libro, los “derechos civiles LGBTI” comenzaban a intervenir con fuerza en la esfera pública del país, por lo que no es de extrañar que esto permita otras reflexiones que aboguen por la no discriminación por identidad sexual. Esto se encontró en algunos espacios, aunque en buena medida se sostenía aún que las demostraciones públicas de afecto entre parejas del mismo sexo no deberían aceptarse.

Justamente, la homosexualidad pone en tensión lo público y lo privado, así como los imaginarios socioculturales que afectan a los grupos de hombres entrevistados. Poner en discusión temáticas relacionadas con otras sexualidades hace parte esencial de interpelar lo que hemos dado por hecho con respecto al género. Estas experiencias sociales, como las denominan en el texto, son clave en una construcción de un yo y de un imaginario geográfico de un nosotros que, históricamente, discrimina, marginaliza, excluye, silencia y violenta lo que no corresponde a la norma heterosexual, considerada normal. Por otra parte, desde el feminismo se han levantado voces desde hace décadas que cuestionan los espacios como dados por heterosexuales de antemano. De esa manera, este tema se torna provocador, no solo porque aparece como el límite infranqueable de lo masculino (quien lo traspase, o al menos quien no lo oculte, se torna sujeto feminizado y objetivo de violencia), sino también porque tensiona la propia manera de pensar lo espacial.

## **Conclusiones**

Estos tres trabajos de investigación sobre masculinidades en Colombia dejan varios debates en la mesa. Primero, hacen parte de una tradición teórica que proviene del posestructuralismo, el feminismo, la deconstrucción, el posmodernismo y los estudios poscoloniales y decoloniales, en los cuales se critica la idea cartesiana de un sujeto único y objetivo, incólume a los cambios sociales.

Este sujeto suele ser hombre, blanco/mestizo, heterosexual, de clase media/alta, el cual aparece como no marcado, como la norma dada desde siempre y para siempre, y por la que el resto de seres humanos debemos guiarnos. De ahí la importancia de desnaturalizar lo que hemos dado por natural y normal. Historizar y problematizar el género y la sexualidad, en este caso en particular las masculinidades, nos permiten abogar por otras formas de vida que no perpetúen discriminaciones y violencias basadas en los privilegios de unos pocos frente a las desventajas de la mayoría.

Segundo, la intención de este texto fue priorizar otra visión de la masculinidad desde lo espacial. Para eso, me he centrado en tres libros muy importantes que han abordado este tema en el país. Propuse un lente que nos permitiera crear otras lecturas teóricas, las cuales no siempre las sugieren sus autoras o autores. Rescatar el papel del espacio en la construcción de las masculinidades, en escalas tan diversas como, por ejemplo, la ciudad, el colegio, el hogar y el cuerpo, posibilita mostrar las formas en que permean las normas de género e influyen nuestras formas de habitar el mundo. En realidad, estamos todo el tiempo sujetos y sujetas a estas normas en diferentes niveles, de ahí la tarea de visibilizar cómo este conjunto de espacialidades actúa en forma relacional y conjunta en múltiples registros con el género y la sexualidad.

En tercer lugar, debemos tener presente que estas normatividades, aunque hacen parte de nuestras cotidianidades y nos acompañan desde antes de nuestro nacimiento y hasta después de nuestro fallecimiento, pueden ser resignificadas y reelaboradas bajo ciertos límites de lo posible. En algunos casos, estas transformaciones provienen del entorno político que ha sido permeado por demandas de derechos civiles, como ha ocurrido en América Latina con los “movimientos sociales LGBTI” y feministas. En otros casos, las personas suelen negociar desventajas con respecto a otras que les permiten ascensos sociales y privilegios, como ocurre, por ejemplo, en los casos de los hombres negros en Río de Janeiro y Bogotá.

## Referencias

- Bell, D. y Valentine, G. (Eds.). (1995). *Mapping desire: geographies of sexualities*. Londres: Routledge.
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Browne, K., Lim, J. y Brown, G. (Eds.). (2007). *Geographies of sexualities: theory, practices and politics*. Hampshire: Ashgate.
- Butler, J. (2006). *Des hacer el género*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

- Cieraad, I. (1999). *Introduction: Anthropology at home*. En I. Cieraad (Ed.), *At home: An anthropology of domestic space* (pp. 1-12). Syracuse: Syracuse University Press.
- Díaz-Benítez, M. E. (2006). Jerarquías y resistencias: raza, género y clase en universos homosexuales. En M. Viveros, C. Rivera y M. A. Rodríguez (Comps.), *De mujeres, hombres y otras ficciones... Género y sexualidad en América Latina* (pp. 283-304). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Duggan, L. (2003). Equality, Inc. *The twilight of equality? neoliberalism, cultural politics, and the attack on democracy* (pp. 43-66). Boston: Beacon Press.
- Duncan, N. (1996). Renegotiating gender and sexuality in public and private places. En N. Duncan (Ed.), *BodySpace: destabilizing geographies of gender and sexuality*. (pp. 127-144). Nueva York: Routledge.
- França, I. L. (2012). *Consumindo lugares, consumindo nos lugares: homossexualidade, consumo e subjetividades na cidade de São Paulo*. Río de Janeiro: EDUERJ.
- Fuller, N. (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinity and social change*, 1(2), 114-133.
- Giesecking, J. J. (2016). LGBTQ spaces and places. En M. Springate (Ed.), *LGBTQ America: A theme study of lesbian, gay, bisexual, transgender, and queer history*. (pp. 14-31). Washington: National Park Foundation.
- Gorman-Murray, A. y Hopkins, P. (Eds.). (2014). *Masculinities and place*. Surrey y Burlington: Ashgate.
- Gutmann, M. (1999). Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Horizontes antropológicos*, 5(10), 245-286.
- Halberstam, J. (J.) (2008). *Masculinidad femenina*. Madrid: Editorial Egales.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hubbard, P. (2012). *Cities and sexualities*. Nueva York: Routledge.
- Ibarra, M. V. y Escamilla-Herrera, I. (Coords.). (2016). *Geografías feministas de diversas latitudes: orígenes, desarrollo y temáticas contemporáneas*. México: UNAM, Instituto de Geografía.
- Jimeno, M., Góngora, A., Martínez, M. y Suárez, C. J. (Eds.). (2007). *Manes, mansitos y manazos: Una metodología de trabajo sobre violencia intrafamiliar y sexual*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Knopp, L. (1995). Sexuality and urban space: a framework for analysis. En D. Bell y G. Valentine (Eds.), *Mapping Desire* (pp. 136-146). Londres: Routledge.
- La Furcia, A. (2013). *¿Y entonces... Qué más, "hombres"?* Estudios sobre masculinidades en Colombia: una lectura en clave feminista (trabajo de grado). Departamento de Sociología, Universidad del Valle, Cali, Colombia.
- Lacombe, A. (2006). *"Para hombre ya estoy yo": masculinidades y socialización lésbica en un bar de Río de Janeiro*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Landes, J. B. (1998) Introduction. En J. B. Landes (Ed.), *Feminism, the public and the private* (pp. 1-17). Oxford: Oxford University Press.
- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Massey, D. (2005). *For Space*. Londres: SAGE.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra.
- Moss, P. y Falconer AL.-H., K. (Eds.). (2008). *Feminisms in geography: rethinking space, place, and knowledges*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Nelson, L. y Seager, J. (Eds.). (2004). *A companion to feminist geography*. Malden: Blackwell Publishing.

- Oberhauser, A. M., Fluri, J. L., Whitson, R. y Mollett, S. (2018) *Feminist spaces: gender and geography in a global context*. Londres: Routledge.
- Peake, L. y Rieker, M. (Eds.). (2013). *Rethinking feminist interventions into the urban*. Londres: Routledge.
- Rose, G. (1993). *Feminism and geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Silva, J. M. y Da Silva, A. C. P. (Orgs.). (2011). *Espaço, gênero e poder: conectando fronteiras*. Ponta Grossa: Todapalavra Editora.
- Silva, J. M., Ornat, M. y Chimin Junior, A. B. (2017). *Diálogos ibero-latino-americanos sobre geografías feministas e das sexualidades*. Ponta Grossa: Todapalavra Editora.
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En M. Á. Aguilar y P. Soto (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 197-219). Ciudad de México: UAM.
- Soto, P. (2017). Diferencias de género en la movilidad urbana. Las experiencias de viaje de mujeres en el metro de la Ciudad de México. *Revista Transporte y Territorio*, 6, 127-146.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2006). Introducción: ¿Qué significa hablar sobre género y sexualidad en América Latina? En M. Viveros, C. Rivera, Claudia y M. A. Rodríguez (Comps.), *De mujeres, hombres y otras ficciones... Género y sexualidad en América Latina* (pp. 13-29). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Viveros, M., Rivera, C. y Rodríguez, M. (Comps.). (2006). *De mujeres, hombres y otras ficciones... Género y sexualidad en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Warner, M. (1993). Introduction. En M. Warner (Ed.) *Fear of a queer planet: queer politics and social theory* (pp. vii-xxxi). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Winocur, R. (2006). El imaginario popular sobre la incorporación de la computadora en la casa, la familia y el vecindario. En A. Lindón, M. A. Aguilar y D. Hiernaux (Coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. (pp. 203-213). Barcelona: Anthropos Editorial.
- Women and Geography Study Group. (1997). *Feminist geographies: explorations in diversity and difference*. Londres: Longman.
- Wright, M. W. (2007). El lucro, la democracia y la mujer pública: estableciendo las conexiones. En J. E. Monárrez y M. S. Tabuenca (Coords.), *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México* (pp. 49-81). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Este libro se editó e imprimió  
en Bogotá en agosto de 2019 y  
está compuesto por la fuente Meta Pro